

**desde la
literatura •**

Al paso de los días*

Francesca Gargallo

1

Miró al aeropuerto de Marsella desde un sentimiento de lejanía tal que pudo pensar que no era ella quien jalaba su maletita azul, sino una señora cualquiera, una silueta anodina que arrastraba un bulto sobre dos ruedas de plástico por el mármol grisáceo de una sala más anodina aún, durante una mañana en la que el sol y las nubes se disputaban el cielo. Ella no sentía hambre de viajar. Se hubiera quedado sin hacer nada en la cama a oscuras del hotel si no tuviese que volver. Se hubiera quedado sin pensar, sin dormir, sin moverse, si tan sólo no estuviera obligada a...

Su vida era una sucesión de deberes. ¿Y si de repente un hada pasara por Marsella y soplando su aliento mágico borrara el largo listado de tareas impostergables que la perseguía? Ni siquiera fue capaz de imaginarlo. Pasó su pie izquierdo por en frente del derecho y siguió caminando hacia un punto preciso de la sala, donde los olores se mezclaban de una manera tan indefinida como las contradicciones de su misma voluntad.

Su hija había ido a comprar dulces. Un viejo muy bien vestido, pero que de manera casi imperceptible dejaba intuir que el ambiente le resultaba ingrato, se dirigió tras ella hacia el mostrador sin maleta alguna, sacudiendo ligeramente la cabeza cuando lo rebasaban las apresuradas pocas personas que cruzaban por la puerta automática a su espalda. Ella odiaba los aviones y amaba los trenes. Una razón adicional para que no le hiciera ninguna gracia estar ahí a las ocho de la mañana.

* Fragmento de *Al paso de los días*, segunda de tres novelas de una serie sobre ciencias y formas narrativas (épica y biología, tragedia y física, lírica y geología) de Francesca Gargallo, en prensa con editorial ERA, México.

Odiaba la coca cola, las medidas de seguridad, el aire sin viento de las salas de espera de los aeropuertos.

Madame, la llamó la chica del mostrador. Dos boletos a París para tomar la conexión a México, pidió ella. Pagó un precio bajo comparado con las cifras de los vuelos latinoamericanos. Pensó que no había ido al congreso de escritores sino al de filósofos; pensó que siempre se equivocaba de lugar; pensó que era hora de llamar a su hija y exhaló pesadamente el aire.

Madre e hija se sentaron en las butacas de cuero rojo y raído, mientras una música de tambores tuareg se dispersaba en el ambiente y un camerunense elegantísimo en su bubú celeste le preguntó la hora. Su hija, ahora a su lado, sonreía; era bellísima y niña, una elfa oscura, el ser más encantador que pisara la tierra. Como todas las madres del mundo no lo pensaba porque era su mamá: lo constataba, era un hecho. Sin embargo, era por ella que debía volver, debía trabajar, debía preparar de comer.

El anciano elegante y desencajado que la había seguido al banco de la línea aérea se sentó a sus espaldas y ella vio entrar por la puerta automática a Vuc Pavic, todavía flaco pero con una llantita bajo el ombligo coronando sus antiguas piernas de futbolista. Qué varonil y seguro, lástima esos ojillos tan pequeños, pensó y, luego, como si se recriminara un pensamiento poco correcto, le sonrió. Él se detuvo, le estampó un beso cansado en la mejilla, despeinó a la niña con la mano derecha e intentó esconder la marca violácea de una vampiresa apasionada que sobresalía del cuello abierto de su camisa de lana. Cada quien tenía sus motivos para no haber tomado el autobús con el resto del grupo el día anterior, pensó ella.

Su razón había sido un capricho de su hija. Cómo negárselo, si la niña se había aburrido estóicamente durante cuatro días. Los había escuchado dialogar acerca de los mismos tópicos por los que ella y Vuc y otros diez, desde hacía veinte años, se reunían todos los lunes por la tarde. Mañana me llevas a la feria del automóvil deportivo, había dicho la niña, agregando: No me regreso a México si no me llevas a la feria. Así que dos días antes se había debido quedar en Marsella y ahora debía tomar el vuelo de regreso para llegar a un México que ya no le significaba nada, pero donde el padre de su hija estaría esperándola, tan sólo para recordarle que ella debía reconocerle sus derechos de padre.

Vuc, por lo visto, tuvo otros motivos para quedarse. Aunque ella podía imaginar un deber semejante al suyo, tan igualmente tejido de reglas ajenas al deseo, para volver. ¿Qué deseaba Vuc? Nunca se le había ocurrido formularse una pregunta semejante. Pero se dio cuenta de que una estudiante

morena devoraba con los ojos a su amigo cuando hablaba del lugar donde lo formal se encuentra con su significación y que se le sentaba al lado, ofreciendo a su tacto un cuerpo tan exclusivo como su atención, cuando él escuchaba a sus colegas intentar deshacerse de otros paradigmas aprendidos en su tiempo. Ella sintió un poco de envidia por Vuc, objeto de la mirada, y por la muchacha, a quien imaginaba capaz de desear con una intensidad hormonal casi orgásmica; desde hacía mucho tiempo ella no experimentaba siquiera el deseo de gustarle a alguien.

Los hombres no sirven sino para quitarle el tiempo a una, se decía; aunque, durante otra historia de sí misma, los hombres le habían gustado. ¿Por qué mentirse?, no siempre los había amado, pero unas buenas piernas y unos hombros anchos le habían suavizado las derrotas vitales. Esos brazos sirven, decía entonces, para consolarla a una: los hombres son un placebo para la enfermedad de la vida, y se reía, guiñándole el ojo a otra mujer, a cualquiera que estuviera al alcance, a la que seguía soñando con príncipe azul y tres hijitos o a la lesbiana que no entendía cómo y por qué desear un cuerpo de músculos duros. Su hija le propinó un codazo para que diera vuelta la cabeza. Por la puerta metálica iba entrando un joven alto, de cabello cenizo y largo, tan hermoso como un príncipe guerrero o como un hada, no sabría decirlo con precisión. Enarcó las cejas interrogativamente, ella no reconocía nunca a nadie. Su hija le susurró en el oído que era el actor que había visto pelear contra decenas de enemigos en una película. Ella le sonrió, con cariño y con una pizca de ironía. El corazón de la niña dio un vuelco de la emoción cuando el muchacho rubio se acercó al mostrador y pidió un boleto para París. Que se siente a mi lado, que se siente a mi lado, rogó cerrando los ojos y los puños. Cuál será la razón de este joven para viajar hoy, se sorprendió preguntándose la madre.

El viejo sentado a sus espaldas le tocó el hombro desde su asiento. ¿Cree que todavía puede hacerse algo por el mundo?, le preguntó. Ella estuvo a punto de mandarlo al demonio o de decirle: yo ya no creo en nada, señor; no podrán exigirme nada más. Pero se le vino a la mente lo expresado dos días antes en la conferencia magistral del congreso, y la atravesó el deber de no contradecirse en lo que sostenía con siempre mayor claridad y menor convencimiento. Al tiempo, se acordó de su heroico acto de apersonarse, en la misma ciudad, durante la misma semana, al aburrido congreso de filósofos que intentaban liberar las acciones de su representación simbólica y no ir al alegre agasajo de escritores que, en su fama, recogían a los menos afortunados, como ella, para darles un lugar en el telón de fondo de sus entrevistas y su gloria. Me gustaría creerlo, señor, respondió por lo tanto la mujer.

Haber empujado nuestra investigación científica más allá de lo permitido es lo que ha llevado el mundo a este punto sin retorno, la adoctrinó el viejo. Ella no tuvo el valor de contradecirlo; únicamente agregó: Y el dinero fácil.

Decidió que para cortar esa conversación que como todo lo demás no deseaba sostener, un gesto valdría más que mil palabras. Abrió un libro. Él se enderezó en su asiento y se quedó jugando con un dije demasiado grande, algo como un colgante metálico redondo amarrado a una pesada cadena de plata.

Antes de enfrascarse en las palabras de sir Francis Bacon acerca del adelanto y el progreso de la ciencia, ella actuó por un instante como la escritora que también era y pensó que el viejo había perdido a la mujer de su vida y que ese objeto se la recordaba. A lo mejor la había asesinado tres horas antes en la tina de un hotel decimonónico...

Con las cabezas agachadas sobre las cosas que los distraían del mundo, ninguno de los dos se dio cuenta de que en el vacío de la mañana de un jueves, cuando los aviones para Abú Dhabi parten tan desiertos como los que se dirigen a Zurich y Milán, entró el más famoso de los escritores, el único al que habían condenado a muerte por sus palabras, el mismo que, cuando el Occidente ilustrado que aborrece las censuras lo hizo rico comprando todas sus páginas impresas, dejó a la madre de sus hijos por una modelo treinta años menor. Había llegado solo, sin equipaje con un impermeable ligero abierto sobre la pancita redonda y las delgadas piernas largas. Tenía muy marcadas sus profundas ojeras orientales y la barba descuidada. La niña había leído un libro suyo y ella, todos los demás, encontrando mejores los anteriores a la fama. Pero fue Vuc quien lo vio entrar y, antes de reconocerlo, reparó en su manera desolada de echar un paso tras otro sobre el mármol del aeropuerto, con una pérdida o un dolor que le parecieron idénticos a lo que él sentía a medias en ese instante.

Vuc no era un sentimental, era un hombre casado que no pediría el divorcio sólo porque se había enamorado de otra mujer. Pero, bajo su espesa capa de libros estudiados e investigaciones coherentes, Vuc por momentos fantaseaba con otros afectos, con la posibilidad real de vivir una pasión con alguien que lo comprendiera. Suspirando, se pasó la mano delicada por el cuello manchado de besos.

Una flaquísima mujer con cara de profesora, enfundada en un traje sastre apretado, blandía un boleto electrónico a París. Iba a sentarse cerca de Vuc, cuando sus ojos saltones percibieron con temor, a espaldas de la mujer que

estaba a su lado, los gestos de un hombre anciano que jugaba ansiosamente con algo que le pareció un relicario; dio un paso de lado para acomodarse en otra fila de butacas. Tras ella, una decena de personas sin chiste, normales y feas, fueron constelando la sala de espera. Entonces entraron, con un paso que por exageradamente marcial hizo que ella levantara los ojos de su libro, el capitán, dos azafatas y un mozo. Al pasar frente al magro rebaño de pasajeros, giraron la cabeza como si estuvieran saludando en un desfile militar. El viejo farfulló algo mientras apretaba el objeto de su devoción entre las manazas; Vuc sufría por una cuita de hombre maduro; la niña soñaba despierta con el game boy advance abierto sobre sus piernas. Ella suspiró, si era cierto que entre estética y ética, o sea entre idea de belleza y orden moral, hay una relación semejante a la que existe entre forma y contenido, eso que ella siempre afirmaba a sus jóvenes y todavía atentos estudiantes, entonces la rígida compostura del capitán del avión le hizo temer que para el mundo, para la libertad del mundo, ya no había nada que hacer. Puta madre, se dijo, lo han colonizado todo.

Cerró el libro y echó la cabeza hacia atrás. Recordó una mañana de sol, en un barquito de vela cuadrada, una costa baja, los troncos de los olivos frente al mar, las aguas claras, transparentes del Egeo. Una mañana de hacía treinta años. Qué hermosa era la vida en ese lejano y preciso instante. Ella era joven, el pescador un viejo y el barco eterno como el tiempo que se les escurría encima. Al experimentar ese mundo intacto, pensó que era inútil afanarse porque la tierra, en realidad, es capaz de renacer de cualquier ceniza. Se estiró en su butaca; ahora se figuraba que el mundo estaba a punto de morir y sintió miedo por su hija, el miedo acogojado de las madres crecidas en el siglo XX.

El viejo a sus espaldas preguntó en voz alta sin dirigirse a nadie en especial: ¿Por qué tuvimos que llegar a esto? Ella fingió no haber escuchado. El anciano insistió: Espero que mi gobierno sepa detenerlos. En ese momento, la voz de la chica del mostrador llamó por el altoparlante para que abordaran el vuelo AF28 para París por la puerta nueve. Ella se libró de contestarle, levantándose bruscamente de su butaca.

Vuc, ella y su hija se sentaron en la misma fila del centro; la niña no pidió la ventanilla porque del otro lado del pasillo, con nadie más a su lado, se había sentado el actor de pelo cenizo. El viejo se acomodó justo enfrente de ella; y detrás, también solo, el escritor famoso. Los otros pasajeros se agruparon en los asientos delanteros, ya que el avión iba vacío y, al parecer, tenían mucha prisa para descender a la llegada.

Cuarenta y cinco minutos, dijo Vuc y la niña pensó en cómo podría hablarle al actor en únicamente cuarenta y cinco minutos. Ella visualizó las trece horas de vuelo hasta México que los esperarían tras llegar a la capital francesa y dijo: Si todo fuera como esto.

Vuc la tomó de la mano, ambos tenían miedo de los despegues y lo sabían. Cuando se conocieron, durante sus estudios de doctorado, los dos estuvieron a punto de enamorarse. Saliendo de la facultad de filosofía a los verdes e inmensos prados de la universidad nacional, él le había asegurado: Te conozco de antes. Ella sacudió la cabeza, sin negar completamente la posibilidad. Habían llegado jóvenes a México, pero con vidas y estudios a sus espaldas; y venían de países cercanos. Se contaron sus viajes, sus ideas y descubrieron que habían coincidido en muchas universidades: Zagreb, Sofía, Heidelberg. Él era un militante marxista, ella una radical confusa, libertaria e impositiva por partes iguales. Dos días después, mientras se acomodaba frente a la ventana para leer, Vuc tocó a su puerta.

La tarde transcurrió sin que se dijeran nada importante, sentados muy cerca, sin tocarse. Si sus miradas se cruzaron fue para ir a depositarse sobre los objetos que tenían en frente, pues cada uno de ellos estaba firmemente decidido a no dejarse arrastrar por el deseo de ver en los ojos del otro los destellos del poder de un interés exclusivo. Cuando el hombre se fue, ella se tiró en la cama y se masturbó llorando. No, no podía renunciar a su libertad. Él, al llegar a su cuarto de azotea, hizo otro tanto, porque no podía entregarse a la pasión. Quince días después, demacrados, volvieron al seminario del doctor Roig. Él miró los ojos cafés de ella y la mujer sostuvo la mirada de los pequeños ojos negros de él. Ambos, al terminar de hacerlo, se preguntarían cómo había podido ser, porque entonces, al unísono, se dijeron: Siempre podrás contar conmigo.

Inesperadamente, las azafatas salieron con charolas de champagne al pasillo del avión. Dijeron que era por el honor de tener a bordo al escritor famoso. Éste se sonrojó, o algo parecido dado el tono aceituna de su piel. El actor le sonrió, demasiado educado para manifestar su envidia. A la niña le trajeron una coca cola y el actor brindó con ella. Vuc se rió de su botella de agua: Caray, primera vez que en un vuelo europeo me ofrecen algo más que el aire, le dijo a su amiga. Al viejo le sirvieron dos veces, de manera que, cuando las azafatas se retiraron, se puso eufórico, se levantó de su asiento, le pidió a ella que se levantara y la abrazó, deslizando el pesado dije que había tenido en sus manos en el bolsillo de su saco de lino.

Luego todos se adormilaron, el avión giró a la izquierda y abandonó tierras francesas. La mujer flaca con cara de profesora no había bebido; fue a exigir a la tripulación que le dijeran adónde se dirigían y una azafata la derribó de un certero golpe en la nuca ●

